

tanto, de buena gana me gloriaré más bien en mis debilidades, para que el poder de Cristo extienda tabernáculo sobre mí” (2 Co. 12:9). Cristo es nuestro tabernáculo que nos cubre con Su sombra.

En Isaías Cristo nos es revelado como el Renuevo de Jehová, como el Fruto de la tierra, como el dosel que nos brinda cobertura y como un tabernáculo que nos cubre con su sombra. Estos aspectos de Cristo no son simplemente puntos para que los aprendamos y luego espere-mos poder experimentarlos en el futuro. Cristo es todos estos aspectos para que experimentemos y participemos de ellos hoy. Pero ¿cómo podemos participar de este Cristo y experimentarlo? Isaías 4:2-5 revela cuatro requisitos. El primer requisito para participar de Cristo y experimentar-le es que hayamos escapado, que hayamos sido librados del cautiverio (v. 2b). Si queremos experimentar a tal Cristo, debemos ser liberados de toda clase de cautiverio o esclavitud. Debemos ser libertados y ya no estar en cautiverio. El segundo requisito es que vivamos y permanezcamos en el lugar escogido por Dios, Sión y Jerusalén, llevando una vida santa (v. 3a). Debemos ser aquellos que viven en la casa de Dios —que es la vida del Cuerpo que se lleva en la vida de iglesia—, junto con el pueblo de Dios. El tercer requisito es que seamos de aquellos que son escogidos por Dios conforme a Su registro de vida (v. 3b). El cuarto requisito es que la inmundicia sea lavada y las manchas de sangre sean limpiadas por el Señor en virtud de Su Espíritu que juzga y consume (v. 4). Si cumplimos con estos requisitos, podremos participar de tal Cristo, quien es el Renuevo de Jehová, el Fruto de la tierra, el dosel que brinda cobertura y el tabernáculo que nos cubre con su sombra. Espero que todos podamos disfrutar de este Cristo todo-inclusivo hoy, a fin de introducir la era de la restauración y llevar la economía eterna de Dios a su consumación.—J.L.

ESTUDIO DE CRISTALIZACIÓN DE ISAÍAS

La visión del Cristo en gloria

(Mensaje 4)

Lectura bíblica: Is. 6:1-8; Jn. 12:38-41

- I. “El año en que murió el rey Uzías vi yo al Señor sentado sobre un trono alto y sublime, y sus faldas llenaban el templo”—Is. 6:1:
 - A. Aquel a quien Isaías vio era Cristo como el Señor, el Rey, Jehová de los ejércitos—v. 5b:
 1. Juan, al hablarnos del vivir y la obra de Cristo en la tierra, dijo que Isaías “vio Su gloria, y habló acerca de Él”—Jn. 12:41.
 2. A fin de ver la visión del Cristo glorioso y entronado, debemos prestar atención a la advertencia de Isaías (Is. 6:9-10) al ejercitar nuestro espíritu para orar que el Señor abra nuestros ojos internos, ablande nuestro corazón y mantenga nuestro corazón vuelto a Él, a fin de que Él nos sane interiormente de nuestra ceguera y enfermedad (Jn. 12:38-40; Mt. 13:14-17; Hch. 28:25-27; Ap. 3:18; 4:2; 2 Co. 3:16-18).
 - B. Isaías recibió la visión del Cristo en gloria en medio de su depresión—Is. 6:1, 5; cfr. 22:1; 2 Cr. 26:3-5, 16-22:
 1. Pese a la rebelión, iniquidades y corrupción del pueblo amado y escogido de Dios, Cristo aún está sentado sobre un trono alto y sublime en gloria—Is. 6:1-4; Lm. 5:19; Ap. 22:1.
 2. Cristo es lo único bueno en el universo; debemos mirarlo fijamente a Él apartando la mirada de cualquier otro objeto; no debemos poner nuestra mirada en nada ni en nadie que no sea Cristo—He. 12:1-2a.
 3. En esta tierra todo cambia y fluctúa, pero Cristo es el mismo hoy y por los siglos; por lo tanto, no debemos mirar hacia abajo para contemplar la situación imperante en la tierra, sino alzar nuestros ojos y mirar al Cristo que está en el trono—v. 2; 13:8.

- C. El largo manto de Cristo representa Su esplendor en Sus virtudes, esplendor que se manifiesta principalmente en Su humanidad y a través de la misma; que Cristo vistiera un manto largo indica que Él se le apareció a Isaías en la imagen de un hombre; Cristo es el Dios-hombre entronizado que posee la gloria divina expresada en Sus virtudes humanas—Is. 6:1; cfr. Ez. 1:26, 22; Hch. 2:36; He. 2:9a.
- II. “Por encima de Él había serafines. Cada uno tenía seis alas: con dos cubrían sus rostros, con dos cubrían sus pies y con dos volaban. Y el uno al otro daba voces diciendo: ¡Santo, santo, santo, Jehová de los ejércitos! ¡Toda la tierra está llena de Su gloria!”—Is. 6:2-3:
- A. Isaías vio el largo manto, el cual representa el esplendor de Cristo en Sus virtudes, y los serafines estaban alabando a Cristo en Su santidad y declarando que toda la tierra está llena de la gloria de Cristo.
- B. Isaías vio a Cristo en Su gloria divina con Sus virtudes humanas y Su santidad basada en Su justicia:
1. Los serafines denotan o representan la santidad de Cristo, la corporificación del Dios Triuno; ellos estaban allí en representación de la santidad de Cristo.
 2. La santidad de Cristo se basa en Su justicia; debido a que Cristo siempre fue justo, Él fue santificado, separado, de la gente común—5:16.
- III. “Los quicios de las puertas se estremecieron con la voz del que clamaba, y la casa se llenó de humo. Entonces dije: ¡Ay de mí que soy muerto!, porque siendo hombre inmundo de labios y habitando en medio de pueblo que tiene labios inmundos, han visto mis ojos al Rey, Jehová de los ejércitos”—6:4-5:
- A. El estremecimiento de los cimientos del umbral denota solemnidad, y el hecho de que la casa se haya llenado de humo denota la gloria que arde en asombro—cfr. 4:5.
- B. Isaías, al ver esta visión, fue aniquilado, fue muerto, comprendió que era un hombre inmundo de labios y que habitaba en medio de pueblo que tenía labios inmundos—6:5:
1. La revelación incluye tanto el hecho de ver como el hecho de ser aniquilados; la experiencia cristiana más grande que podemos tener es la de ser aniquilados como resultado de haber sido iluminados.

2. Cuanto más vemos a Dios, más vemos lo que somos y más nos negamos a nosotros mismos y nos aborrecemos—Job 42:5-6; Sal. 36:9; Ef. 5:13; Lc. 5:8.
 3. Todo aquel que verdaderamente ve una visión del Señor en Su gloria, es iluminado en su conciencia con respecto a su propia inmundicia—cfr. v. 8.
 4. Un gran porcentaje de las palabras que hablamos son malignas porque la mayor parte de ellas son palabras de crítica; si eliminamos los chismes, las murmuraciones y los argumentos, encontraremos que no tenemos mucho de qué hablar—Fil. 2:12-14; cfr. Lc. 6:45; Ef. 4:29-30; 1 P. 1:15-16.
- C. La medida en la cual nos conocemos a nosotros mismos depende de cuánto hemos visto al Señor; es por ello que necesitamos experimentar un avivamiento cada mañana; el avivamiento matutino es el momento para que veamos al Señor—Mt. 5:8; Sal. 27:4, 8.
- D. Cuanto más vemos al Señor y cuanto más somos medidos por el Señor, más somos limpiados, abastecidos y transformados—Ez. 40:3; 47:3-5.
- E. Ver a Dios nos transforma porque al ver a Dios, ganamos más de Dios y recibimos Su elemento en nuestro ser—2 Co. 3:18.
- IV. “Y voló hacia mí uno de los serafines, trayendo en su mano un carbón encendido, tomado del altar con unas tenazas. Tocando con él sobre mi boca, dijo: He aquí que esto tocó tus labios, y es quitada tu culpa y limpio tu pecado”—Is. 6:6-7:
- A. Después de que Isaías vio su propia inmundicia, fue purificado por uno de los serafines, los cuales representan la santidad de Dios—v. 6a.
- B. Isaías fue purificado con un carbón encendido tomado del altar; lo que el serafín hizo con este carbón encendido representa la eficacia de la redención de Cristo que fue lograda en la cruz y la aplicación de ésta por parte del “Espíritu, el Santo” mediante Su poder que juzga, arde y santifica—vs. 6b-7a; 4:4; cfr. Lc. 12:49; Ap. 4:5.
- C. Esta purificación que efectuó el serafín con el carbón encendido tomado del altar quitó la iniquidad de Isaías y limpió su pecado—Is. 6:7b.

- V. “Después oí la voz del Señor, que decía: ¿A quién enviaré y quién irá por Nosotros? Entonces respondí yo: Heme aquí, envíame a mí”—v. 8; cfr. Jn. 17:21; 20:21-22:
- A. Ver a Dios da por resultado que seamos purificados y limpiados por Dios, y ser limpiados por Dios da por resultado que seamos enviados por Dios—Is. 6:6-8; 1 Jn. 1:7-9.
- B. Las palabras *Yo* [implícita en *enviaré*] y *Nosotros* indican que Aquel que habla es triunfo, y que esta persona no es simplemente Cristo, sino Cristo como la corporificación del Dios Triunfo—Is. 6:8a; Col. 2:9.
- C. El Dios Triunfo nos envía a nosotros para que guiemos a Su pueblo escogido a una condición en la cual ellos vivan a Cristo, de modo que le expresen en Su gloria, sean saturados de Su santidad y vivan en Su justicia—Is. 6:8b; Hch. 13:47; Is. 49:6; Fil. 1:21a.

MENSAJE CUATRO

LA VISIÓN DEL CRISTO EN GLORIA

Hemos tenido un comienzo maravilloso de este estudio de cristalización de Isaías. En el primer mensaje recibimos un panorama completo del libro, y luego, comenzando con el mensaje 2, empezamos a descubrir los cristales más importantes de los primeros treinta y nueve capítulos de Isaías. Al prepararme para este entrenamiento, leí todo el libro de Isaías buscando cada mención que se hace de Cristo. Sin duda, Cristo es el enfoque de este libro. Él es la centralidad y la universalidad de la economía de Dios, y todos los cristales de este libro apuntan a Él.

En este mensaje llegamos a Isaías 6, y el título de este mensaje es: “La visión del Cristo en gloria”. En los primeros cinco capítulos de Isaías se pone al descubierto extensamente la condición de la nación de Israel. El capítulo 1 describe la condición deplorable de los hijos de Israel: “Oíd, cielos, y escucha tú, tierra, / porque habla Jehová: / Crié hijos y los engrandecí, / pero ellos se rebelaron contra Mí [...] / ¡Ay gente pecadora, / pueblo cargado de maldad, / generación de malhechores, / hijos depravados! / ¡Dejaron a Jehová, / provocaron a ira al Santo de Israel, / se volvieron atrás!” (vs. 2, 4).

Isaías les profetizó a los hijos de Israel mientras ellos estaban en esa condición deplorable. Los primeros cinco capítulos de Isaías hacen énfasis principalmente en la situación degradada de los hijos de Israel. Ellos eran el pueblo escogido y amado de Jehová, pero estaban llenos de rebelión, iniquidades y corrupción. A pesar de su terrible condición, según se describe en los primeros cinco capítulos, la visión que se presenta en el capítulo 6 es una visión del Cristo sentado en Su trono. Después de los primeros cinco capítulos hay un grupo de capítulos que revelan a Cristo al máximo: los capítulos 6 al 8 y los capítulos 9 y 11. En estos capítulos la profecía de Isaías revela a Cristo al máximo. En el capítulo 6 Cristo es revelado en Su gloria divina con Sus virtudes humanas, las cuales están contenidas en santidad. Por tanto, a pesar de la corrupción y la degradación imperante entre el pueblo de Dios, Dios sigue sentado en el trono de gloria. La situación existente en el tiempo

de Isaías era deplorable, y esto afectó en gran manera a Isaías. Isaías amó a Dios y siguió a Dios al máximo. Por tanto, él estaba profundamente cargado y preocupado debido a la situación degradada de la nación de Israel.

**“EL AÑO EN QUE MURIÓ EL REY UZÍAS VI YO AL SEÑOR
SENTADO SOBRE UN TRONO ALTO Y SUBLIME,
Y SUS FALDAS LLENABAN EL TEMPLO”**

“El año en que murió el rey Uzías vi yo al Señor sentado sobre un trono alto y sublime, y sus faldas llenaban el templo” (v. 1). En este mensaje consideraremos el capítulo 6 versículo por versículo a fin de recibir una revelación completa del Cristo en gloria. En el versículo 1 vemos al Señor sentado sobre un trono alto y sublime, y Sus faldas llenaban el templo.

**Aquel a quien Isaías vio era Cristo como el Señor,
el Rey, Jehová de los ejércitos**

Aquel a quien Isaías vio era Cristo como el Señor, el Rey, Jehová de los ejércitos (v. 5b). Aquel a quien Isaías vio no fue solamente Dios el Padre; Él también era el Señor, el Rey y Jehová de los ejércitos. Éste es Aquel que estaba sentado en el trono.

***Juan, al hablarnos del vivir y la obra de Cristo en la tierra,
dijo que Isaías “vio Su gloria, y habló acerca de Él”***

Juan, al hablarnos del vivir y la obra de Cristo en la tierra, dijo que Isaías “vio Su gloria, y habló acerca de Él” (Jn. 12:41). Con respecto a los serafines, Isaías 6:3 dice: “El uno al otro daba voces diciendo: ‘¡Santo, santo, santo, Jehová de los ejércitos! / ¡Toda la tierra está llena de Su gloria!’”. El Señor Jesucristo está en el trono, y todo el universo está lleno de Su gloria.

***A fin de ver la visión del Cristo glorioso y entronado,
debemos prestar atención a la advertencia de Isaías
al ejercitar nuestro espíritu para orar que el Señor
abra nuestros ojos internos, ablande nuestro corazón
y mantenga nuestro corazón vuelto a Él,
a fin de que Él nos sane interiormente
de nuestra ceguera y enfermedad***

A fin de ver la visión del Cristo glorioso y entronado, debemos

prestar atención a la advertencia de Isaías (vs. 9-10) al ejercitar nuestro espíritu para orar que el Señor abra nuestros ojos internos, ablande nuestro corazón y mantenga nuestro corazón vuelto a Él, a fin de que Él nos sane interiormente de nuestra ceguera y enfermedad (Jn. 12:38-40; Mt. 13:14-17; Hch. 28:25-27; Ap. 3:18; 4:2; 2 Co. 3:16-18). Isaías 6:8-13 es la comisión dada a Isaías por Cristo a manera de advertencia. En los versículos 9 y 10, el Señor dijo: “Anda, y dile a este pueblo: ‘Oíd bien, y no entendáis; / ved por cierto, pero no comprendáis’. / Embota el corazón de este pueblo, / endurece sus oídos y ciega sus ojos, / para que no vea con sus ojos / ni oiga con sus oídos / ni su corazón entienda, ni se convierta y haya para él sanidad”.

Puesto que el corazón del pueblo se había endurecido contra el Señor, el Señor habló a Isaías diciendo que ellos permanecerían en esa condición “hasta que [sus] ciudades estén assoladas y sin morador, / no haya hombre en las casas, / y la tierra esté hecha un desierto; / hasta que Jehová haya echado lejos a los hombres / y multiplicado los lugares abandonados en medio del país” (vs. 11-12).

La nota 1 sobre el versículo 10 explica el cumplimiento de la advertencia dada por el Señor a Isaías concerniente a Israel:

La palabra en los vs. 9-10 indica que no habría manera de que el pueblo de Israel fuese sanado y recobrado. Excepto por la palabra del v. 13 con respecto a la simiente santa, la advertencia profética en los vs. 9-13, dada aproximadamente en el 758 a. C., ha sido cumplida. Fue cumplida comenzando cerca de 605 a. C. por medio de la invasión y el cautiverio babilónicos (2 R. 24—25). Esta advertencia fue citada por el Señor Jesús en Mt. 13:14-15, y de nuevo por el apóstol Pablo en Hch. 28:25-27, como recordatorio a los judíos rebeldes y obstinados que hubo bajo sus ministerios. Tanto el recordatorio hecho por el Señor como el recordatorio hecho por el apóstol se cumplieron en el 70 d. C. mediante el ejército romano bajo el mando de Tito (Mt. 23:37-38; 24:2). Además, después del 70 d. C. esta advertencia ha sido cumplida a lo largo de los siglos.

El corazón del pueblo de Israel hacia el Señor se ha insensibilizado. Sus oídos se han endurecido y sus ojos se han cerrado hacia el Señor. Como resultado, sufrieron un gran juicio de parte del Señor.

A fin de ver la visión del Cristo glorioso y entronado, necesitamos prestar atención a la palabra de advertencia dada por Isaías. Prestamos

atención a esta palabra de advertencia al ejercitar nuestro espíritu para orar que el Señor abra nuestros ojos internos, ablande nuestro corazón y lo mantenga vuelto a Él a fin de que Él nos sane interiormente de nuestra ceguera y enfermedad. Que el Señor nos libre de seguir el mismo camino del pueblo de Israel. Que el Señor tenga misericordia de todos nosotros. El Señor tendrá misericordia de nosotros y nos sanará si nos ejercitamos en orar a Él de esta manera. Entonces nuestro corazón se volverá a Él y se mantendrá blando para recibir Su sanidad.

**Isaías recibió la visión
del Cristo en gloria
en medio de su depresión**

Isaías recibió la visión del Cristo en gloria en medio de su depresión (Is. 6:1, 5; cfr. 22:1; 2 Cr. 26:3-5, 16-22). Tal vez nos preguntemos cómo un gran profeta tal como Isaías se deprimió. Isaías era uno que amaba al Señor al máximo y cuyo corazón ardía por Israel. Él recibió la visión del Cristo en gloria mientras la nación de Israel estaba en una condición degradada y caída. La condición deplorable y degradada de los hijos de Israel tiene que haber preocupado considerablemente a Isaías y haberle decepcionado grandemente hasta el punto de que quedó sumido en un estado de depresión. En cuanto a Israel, ellos no eran la expresión de la gloria de Dios, habían violado la santidad de Dios, eran corruptos en sus virtudes humanas y el rey Uzías, un buen rey, había muerto. Todos estos factores hicieron que Isaías cayera en depresión. En su depresión, mientras Isaías estaba sumido en tal decaimiento, Dios vino para revelarse a Sí mismo a Isaías en forma de una visión, y así, hizo que Isaías llegara a ser una persona diferente.

*Pese a la rebelión,
iniquidades y corrupción
del pueblo amado y escogido de Dios,
Cristo aún está sentado
sobre un trono alto y sublime en gloria*

Pese a la rebelión, iniquidades y corrupción del pueblo amado y escogido de Dios, Cristo aún está sentado sobre un trono alto y sublime en gloria (Is. 6:1-4; Lm. 5:19; Ap. 22:1). Alabado sea el Señor por la visión del Cristo en gloria. El Señor desea y se ha propuesto revelarnos a Cristo. Por tanto, no debemos mirar la situación imperante en la

tierra ni la condición de la iglesia; por el contrario, debemos alzar nuestra mirada contemplándolo a Él. Cuando alzamos nuestra mirada contemplándolo a Él, vemos a Aquel que está sobre un trono alto y sublime. Al ver al Cristo entronado, jamás podríamos estar desalentados, desanimados o deprimidos. Que todos podamos alzar nuestra mirada para contemplar al Cristo entronizado en gloria. Isaías 6:1-4 presenta un cuadro claro mostrándonos al Cristo en gloria.

*Cristo es lo único bueno en el universo;
debemos mirarlo fijamente a Él
apartando la mirada de cualquier otro objeto;
no debemos poner nuestra mirada en nada
ni en nadie que no sea Cristo*

Cristo es lo único bueno en el universo; debemos mirarlo fijamente a Él apartando la mirada de cualquier otro objeto; no debemos poner nuestra mirada en nada ni en nadie que no sea Cristo (He. 12:1-2a). Hebreos 12:2 dice: “Puestos los ojos en Jesús, el Autor y Perfeccionador de nuestra fe”. Debemos vivir toda nuestra vida poniendo los ojos en Jesús y no en las situaciones desalentadoras que hay en la iglesia. Que todos pongamos siempre los ojos en Él.

*En esta tierra todo cambia y fluctúa,
pero Cristo es el mismo hoy y por los siglos;
por lo tanto, no debemos mirar hacia abajo
para contemplar la situación imperante en la tierra,
sino alzar nuestros ojos y mirar al Cristo
que está en el trono*

En esta tierra todo cambia y fluctúa, pero Cristo es el mismo hoy y por los siglos; por lo tanto, no debemos mirar hacia abajo para contemplar la situación imperante en la tierra, sino alzar nuestros ojos y mirar al Cristo que está en el trono (v. 2; 13:8). Hebreos 13:8 dice: “Jesucristo es el mismo ayer, y hoy, y por los siglos”. Él nunca cambia. Al mirar al Señor en Su gloria, a Aquel que está en el trono alto y sublime, Isaías fue rescatado de su depresión. Él se desanimó ya que vivía entre los hijos de Israel e incluso entre las naciones, pero el Señor Jesús mismo se reveló a Isaías, y esa visión lo levantó rescatándolo de su situación. Los hijos de Israel e, incluso, la iglesia han caído, pero Cristo y Su trono permanecen igual en gloria.

**El largo manto de Cristo
representa Su esplendor en Sus virtudes,
esplendor que se manifiesta principalmente
en Su humanidad y a través de la misma;
que Cristo vistiera un manto largo
indica que Él se le apareció a Isaías
en la imagen de un hombre; Cristo es el Dios-hombre
entronizado que posee la gloria divina
expresada en Sus virtudes humanas**

El largo manto de Cristo representa Su esplendor en Sus virtudes, esplendor que se manifiesta principalmente en Su humanidad y a través de la misma; que Cristo vistiera un manto largo indica que Él se le apareció a Isaías en la imagen de un hombre; Cristo es el Dios-hombre entronizado que posee la gloria divina expresada en Sus virtudes humanas (Is. 6:1; cfr. Ez. 1:26, 22; Hch. 2:36; He. 2:9a). En *Life-study of Isaiah* [Estudio-vida de Isaías] dice:

El largo manto de Cristo representa Su esplendor en Sus virtudes. Mientras que la gloria se refiere principalmente a Dios, el esplendor se refiere principalmente al hombre. El esplendor de Cristo en Sus virtudes se manifiesta principalmente en Su humanidad y a través de la misma.

Quizás deseemos ir al cielo para ver la gloria de Cristo en Su divinidad, pero en la visión de Isaías este Cristo en gloria está lleno de esplendor en Sus virtudes humanas. Cuando vemos a Cristo en Su gloria, lo vemos principalmente en Su humanidad, la cual está llena de virtudes. Todas las virtudes de Cristo son radiantes y resplandecientes, y este resplandor es Su esplendor. La gloria de Cristo está en Su divinidad, y Su esplendor está en Su humanidad. (págs. 36-37)

Necesitamos alabar al Señor no sólo por Su divinidad, sino también por Su humanidad. El Cristo en gloria revelado en Isaías está lleno de esplendor en Sus virtudes humanas. Los Evangelios presentan el vivir humano de Cristo; en estos libros lo más notable es la humanidad de Cristo. Su humanidad lo dice todo. El esplendor en Su humanidad era muy atractivo. Nadie jamás había vivido la vida tal como el Señor la vivió; nadie jamás había vivido de la manera en que vivió Cristo en Su humanidad. Al comparar Su vivir humano con el de cualquier

otra persona, todos son hallados carentes. La humanidad de Cristo es grandiosa. Sus virtudes humanas requieren de Su gloria divina como la fuente. La visión que tuvo Isaías de Cristo hizo énfasis en Su humanidad, la cual estaba representada por el largo manto que llenaba el templo. “El que Cristo estuviera vestido con un largo manto indica que Él se apareció a Isaías en la imagen de un hombre” (Is. 6:1, nota 2). Como ser divino, Dios no necesita vestirse con un manto, pero los hombres usan mantos. El que Cristo apareciera con un largo manto apunta a Su humanidad. La visión que tuvo Isaías de Cristo hace énfasis en Su humanidad. Quizás deseemos ir al cielo a fin de ver la gloria de Cristo en Su divinidad, pero en Isaías este Cristo en gloria está lleno de esplendor en Sus virtudes humanas. La gloria de Cristo es divina, y Sus virtudes son humanas.

**“POR ENCIMA DE ÉL HABÍA SERAFINES.
CADA UNO TENÍA SEIS ALAS:
CON DOS CUBRÍAN SUS ROSTROS,
CON DOS CUBRÍAN SUS PIES Y CON DOS VOLABAN.
Y EL UNO AL OTRO DABA VOCES DICIENDO:
¡SANTO, SANTO, SANTO, JEHOVÁ DE LOS EJÉRCITOS!
¡TODA LA TIERRA ESTÁ LLENA DE SU GLORIA!”**

“Por encima de Él había serafines. Cada uno tenía seis alas: con dos cubrían sus rostros, con dos cubrían sus pies y con dos volaban. Y el uno al otro daba voces diciendo: ¡Santo, santo, santo, Jehová de los ejércitos! / ¡Toda la tierra está llena de Su gloria!” (vs. 2-3). La expresión *por encima* en el versículo 2 literalmente significa “estar de pie”. Los serafines denotan o representan la santidad de Cristo (v. 3). Ellos estaban de pie firmes en pro de la santidad de Cristo declarando: “¡Santo, santo, santo, Jehová de los ejércitos! / ¡Toda la tierra está llena de Su gloria!”. Esto fue una alabanza ofrecida a Dios en Su santidad. Toda la tierra está llena de la gloria de Cristo, y Él es el Santísimo, Aquel que es el más santificado y que se mantiene firme absolutamente para Dios.

Los serafines se ciernen sobre Cristo y firmemente llaman y tienen comunión unos con otros, al declarar: “¡Santo, santo, santo, Jehová de los ejércitos!”. Quizás deberíamos considerar saludarnos unos a otros diciendo: “Santo, santo, santo”, para recordarnos de la gloria y santidad de Cristo. ¡Alabado sea el Señor porque hay un testimonio en este universo de que hay Uno que es santo, santo, santo!

Isaías vio el largo manto, el cual representa el esplendor de Cristo en Sus virtudes, y los serafines estaban alabando a Cristo en Su santidad y declarando que toda la tierra está llena de la gloria de Cristo

Isaías vio el largo manto, el cual representa el esplendor de Cristo en Sus virtudes, y los serafines estaban alabando a Cristo en Su santidad y declarando que toda la tierra está llena de la gloria de Cristo. En Juan 12:41 el apóstol se refiere a la profecía de Isaías diciendo: “Isaías dijo esto cuando vio Su gloria, y habló acerca de Él”. Creo que a medida que los discípulos seguían al Señor Jesús, mientras más cerca estaban de Él, más entendían claramente que este hombre era Aquel a quien Isaías vio y del cual profetizó. Éste era Aquel que estaba lleno de esplendor en Sus virtudes humanas, pues Él lleva la gloria de Dios. Isaías vio a tal Cristo, y los discípulos y los apóstoles vieron a tal Cristo. Que nosotros también podamos ver a este Cristo en gloria.

Isaías vio a Cristo en Su gloria divina con Sus virtudes humanas y Su santidad basada en Su justicia

Isaías vio a Cristo en Su gloria divina con Sus virtudes humanas y Su santidad basada en Su justicia. Isaías 5:16 dice: “Jehová de los ejércitos será exaltado en juicio; / el Dios Santo será santificado con justicia”. La santidad se basa en la justicia. Cristo es la persona más justa en el universo, pero más aún, Él es la santidad misma de Dios, la cual se basa en Su justicia. Él es Aquel que ha sido santificado y está totalmente apartado para Dios.

Los serafines denotan o representan la santidad de Cristo, la corporificación del Dios Triuno; ellos estaban allí en representación de la santidad de Cristo

Los serafines denotan o representan la santidad de Cristo, la corporificación del Dios Triuno; ellos estaban allí en representación de la santidad de Cristo.

La santidad de Cristo se basa en Su justicia; debido a que Cristo siempre fue justo, Él fue santificado, separado, de la gente común

La santidad de Cristo se basa en Su justicia; debido a que Cristo

siempre fue justo, Él fue santificado, separado, de la gente común (v. 16). Ojalá podamos ser justos en todo lo que hagamos, a saber: la manera en que vivimos, la manera en que hablamos y la manera en que nos relacionamos unos con otros. Creo que la mayoría de nosotros somos justos en la manera en que administramos el dinero, pero eso no es suficiente. Tenemos que ser justos en nuestro vivir, en nuestro hablar y en la manera en que nos relacionamos unos con otros. La santidad procede de la justicia. Finalmente, seremos totalmente uno con Dios, no sólo en conformidad con Su justicia, sino también en conformidad con Su santidad. Seremos totalmente santificados y apartados para Dios.

“LOS QUICIOS DE LAS PUERTAS SE ESTREMECIERON CON LA VOZ DEL QUE CLAMABA, Y LA CASA SE LLENÓ DE HUMO. ENTONCES DIJE: ¡AY DE MÍ QUE SOY MUERTO!, PORQUE SIENDO HOMBRE INMUNDO DE LABIOS Y HABITANDO EN MEDIO DE PUEBLO QUE TIENE LABIOS INMUNDOS, HAN VISTO MIS OJOS AL REY, JEHOVÁ DE LOS EJÉRCITOS”

“Los quicios de las puertas se estremecieron con la voz del que clamaba, y la casa se llenó de humo. Entonces dije: ¡Ay de mí que soy muerto!, / porque siendo hombre inmundo de labios / y habitando en medio de pueblo que tiene labios inmundos, / han visto mis ojos al Rey, Jehová de los ejércitos” (6:4-5). Isaías 4:5 dice: “Jehová creará sobre todo lugar del monte de Sión y sobre sus asambleas, una nube durante el día, o sea humo, y un resplandor de llamas de fuego por la noche; porque sobre toda la gloria habrá un dosel”. La gloria divina del Señor es representada por el humo, Sus virtudes humanas son representadas por las faldas de Su manto, y Sus virtudes humanas están contenidas en Su santidad representada por los serafines. Esta visión de Cristo en el libro de Isaías es de mucho significado, pues incluye Su gloria, Sus virtudes humanas, Su justicia y Su santidad.

El estremecimiento de los cimientos del umbral denota solemnidad, y el hecho de que la casa se haya llenado de humo denota la gloria que arde en asombro

El estremecimiento de los cimientos del umbral denota solemnidad, y el hecho de que la casa se haya llenado de humo denota la gloria

que arde en asombro (cfr. v. 5). Solemnidad implica una condición en la que se expresa envergadura, seriedad, sobriedad y majestuosidad. Que la gloria arda en asombro implica reverencia, sorpresa y admiración; esto implica algo extraordinario, glorioso y magnífico.

Isaías, al ver esta visión, fue aniquilado, fue muerto, comprendió que era un hombre inmundo de labios y que habitaba en medio de pueblo que tenía labios inmundos

Isaías, al ver esta visión, fue aniquilado, fue muerto, comprendió que era un hombre inmundo de labios y que habitaba en medio de pueblo que tenía labios inmundos (6:5). Después de que Isaías vio todas estas cosas, él debía haber estado muy animado; sin embargo, él no dijo que estaba animado. Por el contrario, dijo: “¡Ay de mí que soy muerto!, / porque siendo hombre inmundo de labios / y habitando en medio de pueblo que tiene labios inmundos” (v. 5).

La revelación incluye tanto el hecho de ver como el hecho de ser aniquilados;

la experiencia cristiana más grande que podemos tener es la de ser aniquilados como resultado de haber sido iluminados

La revelación incluye tanto el hecho de ver como el hecho de ser aniquilados; la experiencia cristiana más grande que podemos tener es la de ser aniquilados como resultado de haber sido iluminados. La iluminación es obra del Espíritu Santo. Al ser iluminados por el Espíritu, nuestro orgullo, nuestro hablar impropio, nuestra inmundicia y nuestro yo son puestos al descubierto. La luz pone al descubierto todas nuestras carencias. Todo lo que el Señor pone al descubierto Él también lo aniquila. Una vez que somos iluminados en cuanto a todas nuestras carencias, éstas son inmediatamente aniquiladas. La iluminación viene a ser nuestra salvación. Mientras el Espíritu nos ilumina, Él nos salva; y lo que vemos llega a ser nuestra liberación de todas las cosas que han sido puestas al descubierto. Mientras más estamos en la luz, más el Señor nos ilumina y más nuestros defectos son expuestos y aniquilados.

Cuanto más vemos a Dios, más vemos lo que somos y más nos negamos a nosotros mismos y nos aborrecemos

Cuanto más vemos a Dios, más vemos lo que somos y más nos

negamos a nosotros mismos y nos aborrecemos (Job 42:5-6; Sal. 36:9; Ef. 5:13; Lc. 5:8). Job 42:5-6 dice: “De oídas te conocía, / mas ahora mis ojos te ven. / Por eso me aborrezco / y me arrepiento en polvo y ceniza”. Job había escuchado acerca del Señor, pero después vio al Señor. Cuando yo era joven y comencé a seguir al Señor, éstos fueron algunos de los primeros versículos con los que me topé. Recuerdo haber orado: “Señor, he escuchado acerca de Ti, pero ahora quiero que mis ojos te vean. Quiero ser uno que, después de haberte visto, me aborrezca y me arrepienta de modo que pueda andar de otra manera”. Esto es lo que Dios quiere que veamos. Cuando somos iluminados para ver lo que somos, esto nos lleva a aborrecernos y nos conduce a arrepentirnos, a caminar de otra manera.

En Lucas 5 leemos que el Señor entró a la barca de Simón Pedro y desde allí enseñó a las multitudes. Cuando Él terminó de hablar, le pidió a Pedro que lo llevara mar adentro y que echara las redes para la pesca. Pedro le dijo: “Maestro, toda la noche hemos estado trabajando, y nada hemos pescado; mas confiado en Tu palabra echaré las redes” (v. 5). Las redes se llenaron y comenzaron a romperse, así que los que estaban en la barca hicieron señas a sus compañeros en otra barca para que los ayudasen. Las dos barcas se llenaron tanto de peces que se hundían. El versículo 8 dice: “Viendo esto Simón Pedro, cayó a los pies de Jesús, diciendo: Apártate de mí, Señor, porque soy hombre pecador”. Pedro tuvo esta reacción porque él había visto al Señor. Él comprendió algo acerca de Cristo que lo hizo diferente a todos los demás, y ver al Señor de esta manera causó que se viera a sí mismo y que aborreciera su ser pecaminoso. El Señor quiere que vivamos y andemos en esta luz.

Todo aquel que verdaderamente ve una visión del Señor en Su gloria, es iluminado en su conciencia con respecto a su propia inmundicia

Todo aquel que verdaderamente ve una visión del Señor en Su gloria, es iluminado en su conciencia con respecto a su propia inmundicia (cfr. v. 8). Cuando veamos al Señor en Su gloria, seremos puestos al descubierto con relación a quién amamos y qué amamos. Tal visión pone al descubierto todos nuestros pensamientos, tanto buenos como malignos, que no están en unidad con Él. Este Cristo pone al descubierto lo obstinado que somos y cuán reacios somos respecto a seguir

la voluntad del Señor. Él también pondrá al descubierto todas las cosas que escuchamos, las cosas que vemos, en dónde caminamos, la manera en que vivimos con nuestra familia, el conocimiento que hemos adquirido y los bienes que poseemos. Seremos iluminados en nuestra conciencia en cuanto a todo, y nos daremos cuenta de cuán inmundos realmente somos.

Un gran porcentaje de las palabras que hablamos son malignas porque la mayor parte de ellas son palabras de crítica; si eliminamos los chismes, las murmuraciones y los argumentos, encontraremos que no tenemos mucho de qué hablar

Un gran porcentaje de las palabras que hablamos son malignas porque la mayor parte de ellas son palabras de crítica; si eliminamos los chismes, las murmuraciones y los argumentos, encontraremos que no tenemos mucho de qué hablar (Fil. 2:12-14; cfr. Lc. 6:45; Ef. 4:29-30; 1 P. 1:15-16). En Mateo 12:34b el Señor dijo: “De la abundancia del corazón habla la boca”. Lo que hablamos expresa lo que somos. Que el Señor nos salve en cuanto a nuestro hablar.

En el libro *Mensajes para edificar a los creyentes nuevos*, Watchman Nee tiene un capítulo titulado: “Nuestras palabras”. Primero él señala que, según Juan 8:44, Satanás es el padre de todas las mentiras; él es un mentiroso y padre de las mentiras. Luego el hermano Nee dice:

Todo aquel que es nacido de Satanás es capaz de mentir y participa de la obra que consiste en mentir. Pero una vez que uno es salvo y se convierte en hijo de Dios, la primera lección que debe aprender delante de Dios, es la de tomar medidas con respecto a sus palabras. Debemos rechazar todas las mentiras. También debemos rechazar toda palabra inexacta, exagerada o distorsionada. Debemos rechazar tanto las mentiras que decimos deliberadamente como aquellas que decimos sin percatarnos. Los hijos de Dios deben desechar toda mentira. (t. 3, pág. 660)

Nosotros tratamos con mentiras todo el tiempo. Bajo el encabezado “¿Qué es mentir?”, el hermano Nee menciona seis categorías. Él habla acerca de (1) hablar con doblez: primero decir sí y luego decir no; (2) hablar regidos por lo que nos agrada o desagrada, en vez de hablar según los hechos; (3) hablar conforme a nuestras expectativas, en vez de hablar conforme a la verdadera situación; (4) añadir nuestras

propias ideas a los hechos; (5) exagerar; y (6) exagerar las cantidades (págs. 661-664). Todo esto son mentiras. No debemos hablar palabras ociosas, no debemos chismear y no debemos mentir deliberadamente ni calumniar, criticar o juzgar a los demás. Nada de esto debe suceder entre nosotros. El Señor nos debe liberar de todas estas cosas. Nosotros estamos carentes, pero Dios quiere entrar y tratar con nosotros para iluminarnos y transformarnos.

La medida en la cual nos conocemos a nosotros mismos depende de cuánto hemos visto al Señor; es por ello que necesitamos experimentar un avivamiento cada mañana; el avivamiento matutino es el momento para que veamos al Señor

La medida en la cual nos conocemos a nosotros mismos depende de cuánto hemos visto al Señor; es por ello que necesitamos experimentar un avivamiento cada mañana; el avivamiento matutino es el momento para que veamos al Señor (Mt. 5:8; Sal. 27:4, 8). Antes de irnos a dormir en la noche, debemos considerar a qué hora necesitamos levantarnos a fin de cuidar apropiadamente de las cosas del siguiente día. Entonces, si nos levantamos quince minutos más temprano, podremos pasar tiempo con el Señor. Ciertamente podemos tomar de quince a veinte minutos para abrirnos al Señor, para tocar la Palabra, para permitir que el Señor nos hable y para confesar todas las cosas que Él haya alumbrado. Tal práctica nos introducirá en otra clase de vivir. Necesitamos tocar al Señor cada día.

Algunos santos tal vez no puedan tomar este tiempo en la mañana, pero todos necesitamos tener diariamente un tiempo para venir al Señor en Su Palabra, para abrirnos a Él, ser puestos al descubierto en Su presencia, confesar nuestros pecados y disfrutar de Su perdón. Mediante esta práctica gradualmente seremos personas que viven a Cristo.

Cuanto más vemos al Señor y cuanto más somos medidos por el Señor, más somos limpiados, abastecidos y transformados

Cuanto más vemos al Señor y cuanto más somos medidos por el

Señor, más somos limpiados, abastecidos y transformados (Ez. 40:3; 47:3-5). Primero necesitamos ser iluminados por el Señor. Luego necesitamos ser juzgados y medidos por el Señor. Este medir resultará en separación, o santificación. Si somos medidos todo el tiempo, en nuestra experiencia seremos separados de todas las cosas que no son santas.

En Ezequiel 40 el profeta vio a “un hombre, cuyo aspecto era como el aspecto del bronce. Tenía un cordel de lino en la mano y una caña de medir, y él estaba de pie junto a la puerta” (v. 3). Este hombre era Cristo, quien había venido a medir a Israel. Luego en el capítulo 47 leemos que “salían aguas por debajo del umbral de la casa” (v. 1). Después, el hombre midió el fluir del agua cuatro veces. Primero, el agua llegó hasta los tobillos, luego a las rodillas, después a la cintura y, finalmente, “era ya un río que yo no podía pasar, porque las aguas habían crecido de manera que el río no se podía pasar sino a nado” (vs. 3-5). Esto quiere decir que cuanto más seamos medidos por el Señor en cuanto a la manera en que vivimos y nos comportamos, más aumentará dentro de nosotros el fluir de Dios. Cuanto más nos sometamos a Él y Él nos ilumine, nos juzgue y se mueva en nosotros para ganarnos, llegaremos a ser más y más absolutos para Él. El fluir necesita aumentar en nosotros y luego salir fluyendo de nosotros. El agua fluye conforme a la medición. Después de que seamos medidos por el Señor, saciaremos la sed de otros, refrescaremos a los que están secos e iluminaremos a aquellos que están en tinieblas interiormente.

**Ver a Dios nos transforma
porque al ver a Dios, ganamos más de Dios
y recibimos Su elemento en nuestro ser**

Ver a Dios nos transforma porque al ver a Dios, ganamos más de Dios y recibimos Su elemento en nuestro ser (2 Co. 3:18). Ganar más de Dios es poseer a Dios y disfrutar a Dios.

Aunque Isaías sabía que había llegado a su fin y que era hombre de labios inmundos, a pesar de todo sabía que sus ojos habían visto al Rey, Jehová de los ejércitos. Ésta debe ser nuestra experiencia viva. Al ver al Señor, somos puestos al descubierto y sentimos que somos lo peor; no obstante, el resultado es que también podemos declarar que hemos visto al Señor.

**“Y VOLÓ HACIA MÍ UNO DE LOS SERAFINES,
TRAYENDO EN SU MANO UN CARBÓN ENCENDIDO,
TOMADO DEL ALTAR CON UNAS TENAZAS.
TOCANDO CON ÉL SOBRE MI BOCA, DIJO:
HE AQUÍ QUE ESTO TOCÓ TUS LABIOS, Y
ES QUITADA TU CULPA Y LIMPIO TU PECADO”**

“Y voló hacia mí uno de los serafines, trayendo en su mano un carbón encendido, tomado del altar con unas tenazas. Tocando con él sobre mi boca, dijo: He aquí que esto tocó tus labios, / y es quitada tu culpa / y limpio tu pecado” (Is. 6:6-7). Después de que Isaías vio su propia inmundicia, fue purificado por uno de los serafines, los cuales representan la santidad de Dios (v. 6a). Isaías fue purificado con un carbón encendido tomado del altar; lo que el serafín hizo con este carbón encendido representa la eficacia de la redención de Cristo que fue lograda en la cruz y la aplicación de ésta por parte del “Espíritu, el Santo”, mediante Su poder que juzga, arde y santifica (vs. 6b-7a; 4:4; cfr. Lc. 12:49; Ap. 4:5). Esta purificación que efectuó el serafín con el carbón encendido tomado del altar quitó la iniquidad de Isaías y limpió su pecado (Is. 6:7b).

Primero, debemos darnos cuenta de que somos inmundos. Luego el Señor vendrá y nos purificará, y seremos santos delante de Dios. Ciertamente Isaías había sido lavado y limpiado por Dios antes de tener la visión presentada en el capítulo 6. Sin embargo, debemos comprender que somos completamente inmundos. Ya sea que estemos limpios o inmundos depende del sentir en nuestra conciencia, y este sentir depende de si hemos visto al Señor. La nota 1 de Isaías 6:7 dice:

Cuanto más vemos al Señor y somos puestos al descubierto, más somos lavados (1 Jn. 1:7 y la nota 3). Según nuestra conciencia iluminada, estamos limpios, pero según los hechos concretos que corresponden a nuestra situación en la vieja creación, no somos limpios, pues la vieja creación es impura (véase la nota 1 de Lv. 12:2 y las notas de 1 Jn. 1:8). Después que nuestro cuerpo sea redimido (Ro. 8:23; Fil. 3:21), ya no perteneceremos a la vieja creación. Entonces seremos completamente limpios.

Un día experimentaremos la redención de nuestro cuerpo; en ese día seremos completa y absolutamente limpios. Pero hoy es otra historia. Debemos tratar con el Señor según nuestra conciencia hasta que estemos completamente limpios, tocando a Cristo en Su redención

efectuada en la cruz a fin de que podamos disfrutar la limpieza de Su sangre.

**“DESPUÉS OÍ LA VOZ DEL SEÑOR,
QUE DECÍA: ¿A QUIÉN ENVIARÉ Y QUIÉN IRÁ
POR NOSOTROS? ENTONCES RESPONDÍ YO:
HEME AQUÍ, ENVÍAME A MÍ”**

**Ver a Dios da por resultado
que seamos purificados y limpiados por Dios,
y ser limpiados por Dios da por resultado
que seamos enviados por Dios**

“Después oí la voz del Señor, que decía: ¿A quién enviaré y quién irá por Nosotros? Entonces respondí yo: Heme aquí, envíame a mí” (Is. 6:8; cfr. Jn. 17:21; 20:21-22). Ver a Dios da por resultado que seamos purificados y limpiados por Dios, y ser limpiados por Dios da por resultado que seamos enviados por Dios (Is. 6:6-8; 1 Jn. 1:7-9). Necesitamos ser aquellos que han sido purificados y limpiados por Dios. Esto es conforme a la economía divina de Dios. Ser limpiados por Dios da por resultado que seamos enviados por Dios.

**Las palabras Yo [implícita en enviaré]
y Nosotros indican que Aquel que habla es triuno,
y que esta persona no es simplemente Cristo,
sino Cristo como la corporificación del Dios Triuno**

Las palabras Yo [implícita en *enviaré*] y *Nosotros* indican que Aquel que habla es triuno, y que esta persona no es simplemente Cristo, sino Cristo como la corporificación del Dios Triuno (Is. 6:8a; Col. 2:9). Por un lado, esta persona es Cristo; por otro, Él es Cristo como la corporificación del Dios Triuno. Por lo tanto, cuando el Señor habla estas palabras a Isaías, Él usa las palabras *Yo* y *Nosotros*.

El Señor hace dos cosas: Él nos llama, y Él escucha nuestra respuesta. En este caso la respuesta de Isaías fue muy buena, pues dijo: “Heme aquí, envíame a mí”. Estamos en el recobro del Señor para la edificación de la iglesia. Estamos aquí para aprender a vivir a Cristo en todo. Además, estamos aquí para edificar la iglesia, la cual llega a su consumación en la Nueva Jerusalén. No obstante, también necesitamos ser aquellos que están dispuestos a ser enviados, que están dispuestos a ir. A medida que el Señor opera en nosotros, que somos puestos al descubierto por Él y que Él viene a nosotros para llevarnos a otra esfera,

necesitamos ser aquellos que se levantan para escuchar el llamado por parte del Señor y, cuando Él nos llame, debemos responder: “Heme aquí, envíame a mí”.

Nosotros laboramos y servimos en la vida de iglesia para llevar a cabo la economía divina de Dios. En cierto modo, Dios nos ha llamado para este servicio, pero esto no es todo para lo cual el Señor desea llamarnos. Por ejemplo, si vivimos en los Estados Unidos y en Canadá, debemos propagar el recobro del Señor por todo Norteamérica. El recobro del Señor sólo puede ser propagado por alguien que le responda diciendo: “Heme aquí, envíame a mí”.

Debemos ser aquellos que se levantan una y otra vez para ir a dondequiera que el Señor nos dirija. Debiera suceder que mientras vivimos con Él, seamos enviados por Él a muchos lugares. Isaías no tenía la libertad de ir a donde él quisiese ir. El Señor lo llamó, y él simplemente respondió: “Heme aquí, envíame a mí”. Él no le dijo al Señor a dónde él estaba dispuesto a ir; más bien, él contactó al Señor y fue enviado por Él.

Nosotros servimos en nuestra localidad, pero el Señor también quiere enviarnos a propagar Su testimonio por todo este país. Les pregunto, especialmente a los que están en el Entrenamiento de Tiempo Completo y a aquellos que ya se han graduado del entrenamiento: “¿Qué debemos hacer? ¿Cómo será levantado el testimonio de Jesús por todos los Estados Unidos si nosotros no vamos?”. Debemos ir, y debemos ir una y otra vez. Por supuesto, no es suficiente ir a lugares dentro de nuestro propio país; también debemos salir internacionalmente para edificar el testimonio de Jesús, las iglesias locales (Ap. 1—3), sobre toda la tierra. El hermano Lee tenía una carga profunda de ver que esto sucediera en el recobro del Señor.

El hermano Lee hizo muchos llamados, y me gustaría hablar acerca de un llamado en particular que él hizo antes de partir con el Señor. El llamado es el siguiente: la carga principal con respecto a Europa Occidental recae sobre los Estados Unidos. Si los Estados Unidos fallan en cuanto a este asunto, el recobro del Señor sufrirá un gran fracaso. Todos los santos deben tener la carga de propagar el recobro del Señor por Europa Occidental. El hermano Lee dijo que el mover del Señor a Europa y luego, con el tiempo, a Jerusalén sería Su mover final. Todo el mover efectuado en el pasado tiene como finalidad este mover final. Por tanto, todos nosotros, particularmente en los Estados Unidos y Canadá, debemos levantarnos para llevar a cabo este gran mover.

En el libro *El núcleo de la Biblia*, el hermano Lee dice:

Ahora quisiera decir de manera muy enfática que el Señor tiene que edificar Su iglesia en el territorio del anticristo. Antes de que se manifieste el anticristo, el Señor Jesús tiene que edificar Sus iglesias en Europa Occidental. Aunque muchos cristianos están esperando que el Señor regrese, Él está esperando que Sus iglesias sean edificadas. ¡Alabamos al Señor por haber abierto nuestros ojos para ver la necesidad de que sean edificadas las iglesias locales! Es necesario que esto ocurra en Italia, Francia, Suiza, Inglaterra, Holanda, Dinamarca, Suecia y Noruega. ¡Cuánto anhelo que todos ustedes reciban la carga de ir a las ciudades principales de Europa a fin de que el Señor pueda tener una iglesia en cada una de ellas! Para ello deben orar, diciendo: “Señor, pon en mí la carga de ir a París por causa de la vida de iglesia. Señor, pon en mí la carga de ir a Roma a fin de que puedas tener una iglesia allí. Oh Señor, pon en mí la carga de que haya una iglesia en Estocolmo”. Si ustedes son fieles al Señor, sinceros con Él y están dispuestos a recibir esta carga, incluso cinco o siete podrían mudarse a una ciudad y empezar una vida de iglesia allí. Son muchas las ciudades que necesitan tener un candelero resplandeciente.

Esto no es un asunto de doctrina. Detesto la simple doctrina de la iglesia. Deseo ver algunas iglesias genuinas y vivientes. No me interesa el número de creyentes que haya en las iglesias. Si pudiera haber una iglesia en Roma con ciento cincuenta personas que resplandecen, están llenas de Cristo y sumergidas en Cristo, el Señor podría jactarse ante Satanás. Podría decir: “¡Satanás, en tu ciudad de Roma tengo una iglesia resplandeciente!”. Hermanos, todos ustedes deben tener la carga de que haya iglesias en Europa. ¿De qué sirve simplemente estudiar la Biblia, asistir a conferencias y escuchar mensajes? El Señor necesita iglesias. Jóvenes, el Señor necesita iglesias, y ustedes deben asumir esta responsabilidad. Ciertamente el Señor desea una iglesia en Madrid, la capital de España, un antiguo país católico. ¿Quiénes sienten la carga de ir allí? El Señor está haciendo un llamado. ¿Quiénes irán a París? ¿a Londres? ¿a Roma?

En estas ciudades oscuras no hay candelero. ¡Oh, el Señor está llamando! ¿Quiénes están dispuestos a ir a alguna de las ciudades principales de Europa para que el Señor pueda levantar una iglesia allí? ¡El Señor está llamando! Él está llamándolo a usted y a mí para que llevemos la carga de ir a las ciudades principales de Europa y así Él pueda tener iglesias edificadas en el territorio del anticristo que está por manifestarse. ¡Vayan y díganles a los demás que hoy el Señor necesita iglesias! (págs. 202-203)

En *La situación mundial y la dirección del mover del Señor* el hermano Lee dice:

El recobro ha echado raíces en los Estados Unidos y en el Lejano Oriente, pero en Europa todavía queda un vacío. Por esta razón, la dirección del recobro actual que el Señor nos está mostrando tiene que dirigirse a Europa.

Además, Europa, en la consumación del cumplimiento de la visión acerca de la gran imagen humana de Daniel 2, también es más crucial que cualquier otro país o raza.

Necesitamos ver esto como la base para comprender lo que el Señor tiene en mente. Antes de que la imagen sea desmenuzada, el recobro del Señor tiene que extenderse a Europa y arraigarse allí. La propagación de las verdades del recobro del Señor será una preparación para la venida del Señor para traer el recobro y la restauración no sólo de Israel, sino de toda la creación.

De los tres factores influyentes en el mundo hoy, el Lejano Oriente y los Estados Unidos han sido ocupados y tomados por el recobro del Señor. Europa sigue siendo una región en la cual el recobro del Señor necesita arraigarse y crecer. Espero que presentemos delante del Señor lo que se nos ha compartido, y espero que oremos. Debemos decirle al Señor: “Señor, estos días son la consumación de la era. Señor, en estos días enciende de nuevo mi amor por Ti”.

El recobro del Señor está lleno de las verdades divinas pero es inadecuado en la aplicación de las verdades y es lento en la propagación de dichas verdades. (págs. 18-20, 40)

Lo siguiente es tomado de una carta dirigida a los ancianos y hermanos responsables de las iglesias en el recobro del Señor por parte de

un grupo de colaboradores en nombre de todos los colaboradores que sirven a las iglesias de manera compenetrada. Ellos escribieron:

El hecho de que los santos de las iglesias respondan al llamado del Señor de emigrar a Europa y la manera en que lo hagan, dependerá en gran medida del llamado que el Señor les haga a través de los ancianos, los hermanos responsables y los colaboradores en las iglesias. El llamado del Señor a los santos está estrechamente relacionado con el llamado que les hagan los ancianos, los hermanos responsables y los colaboradores. Le pedimos al Señor que nos use a todos nosotros para hacer este llamado a los santos. (23 de agosto del 2007)

Oro para que todos vayamos delante del Señor con relación a este asunto. El Señor tiene tal carga, y nosotros también debemos tener esta carga.

**El Dios Triuno nos envía a nosotros
para que guíemos a Su pueblo escogido
a una condición en la cual ellos vivan a Cristo,
de modo que le expresen en Su gloria,
sean saturados de Su santidad y vivan en Su justicia**

El Dios Triuno nos envía a nosotros para que guíemos a Su pueblo escogido a una condición en la cual ellos vivan a Cristo, de modo que le expresen en Su gloria, sean saturados de Su santidad y vivan en Su justicia (Is. 6:8b; Hch. 13:47; Is. 49:6; Fil. 1:21a). Que el Señor obtenga lo que Él desea.—B. P.

ESTUDIO DE CRISTALIZACIÓN DE ISAÍAS

**La señal de la encarnación de Cristo
y
la revelación de Cristo como el Admirable
(Mensaje 5)**

Lectura bíblica: Is. 7:11-14; 8:8; 9:6-7; 63:16; 64:8

- I. Con respecto a la economía de Dios, la conexión intrínseca entre los libros históricos del Antiguo Testamento y su cumplimiento en el Nuevo Testamento, se encuentra en Isaías 7:14 y 9:6; estos versículos indican que Dios se revestiría de humanidad, mezclando Su divinidad con la humanidad—Jn. 1:14; Lc. 1:35; Mt. 1:18, 20.
- II. En Isaías 7:14 encontramos la señal de la encarnación de Cristo:
 - A. Jehová deseaba que Acáz, rey de Judá, le pidiese una señal (vs. 10-25); esta señal tenía que ver con la venida de Cristo, quien nacería de una virgen.
 - B. Isaías profetizó que el propio Dios de Israel llegaría a ser un niño humano nacido de una virgen y que Su nombre sería llamado Emanuel—v. 14:
 1. La señal de una virgen que concibe y da a luz un hijo abarca toda la Biblia, desde Génesis 11 hasta Apocalipsis 22.
 2. En ese tiempo, el cumplimiento de esta señal fue el nacimiento de un hijo concebido por la esposa de Isaías; el cumplimiento máximo sería la encarnación, en la cual Jesucristo nació de la virgen María como un niño poseedor de doble naturaleza, la naturaleza divina y la naturaleza humana, cuyo fruto fue Emanuel, “Dios con nosotros”—Is. 8:3; Mt. 1:23; Lc. 1:35.
 - C. La tierra de Emanuel (Is. 8:8) es la tierra de Judá, la Tierra Santa, que es el territorio de Emanuel, Dios con nosotros; esta tierra, que fue invadida por el ejército asirio, es la tierra que Cristo heredará para edificar Su reino milenar con Sus dos pueblos escogidos: los judíos que Él escogió como Su pueblo terrenal y los creyentes que Él escogió como Su pueblo celestial.